

Nos quedamos sin huerta

Mariano Vicente Albaladejo

Geógrafo y miembro de la Garba Ecologista

IMBUIDOS en la actual fiebre desarrollista, produce pavor ver cómo en esta tradicionalmente rica comarca regada por el Segura, donde hace apenas 20 años del 35% de la población activa trabajaba en la agricultura, ésta se ha convertido en una actividad cuasi residual, irrentable y que se abandona en cuanto se puede.

La huerta es aquí una cada vez más estrecha franja verde ahogada por las riadas catastróficas, las aguas putrefactas, la obsolescencia de sus estructuras productivas y el acoso urbanístico.

Todos estos factores pueden ser los responsables de que en pocos años nos hayamos quedado sin la huerta que nos ha dado razón de vida durante siglos. En este sentido la actuación oficial ha dejado y deja bastante que desear:

—Las recalificaciones irresponsables por parte de los ayuntamientos, que declaran suelo urbanizable importantes áreas de huerta; deteriorando de forma irreversible el espacio y aumentando la gravedad de riesgos seculares como las riadas.

—El *laissez faire* de estos mismos ayuntamientos que permiten la edificación indiscriminada de viviendas ilegales, mal construidas y causantes de problemas de infraestructura, que además fomentan el cambio del uso agrícola de la tierra por el de *pseudo-residencial* y generan una excesiva parcelación. Por si fuese poco, los mismos ayuntamientos que hacen la *vista gorda*, favorecen este proceso introduciendo infraestructuras específicamente urbanas (especialmente alumbrado público y electrificación) que actúan de acicate para una urbanización anárquica y desordenada.

—La planificación de nuevas infraestructuras viarias (especialmente autovías) que seccionarán todo el territorio en cuestión, con la consiguiente pérdida de miles de tahúllas y la creación en sus márgenes de un importante erial social a la espera de ser urbanizado.

—La falta de una política sincera de apoyo a la recuperación de la agricultura tradicional en la comarca, que pasa ineludiblemente por concentraciones parcelarias, eliminación del área de todos los elementos distorsionantes

para el desarrollo de la agricultura, y apoyo a la profesionalización de los agricultores (tanto en formación como en equipamiento material). En las actuales condiciones, las frutas y hortalizas que se cultivan los fines de semana, no pueden competir con las plusvalías generadas por la urbanización.

En esta comarca, y ante una coyuntura macro-económica favorable, los ayuntamientos lanzan ofertas de suelo industrial para atraer inversiones. Por otra parte, muchas empresas (especialmente conserveras) se plantean ahora la renovación de sus instalaciones y tienden a buscar nuevas ubicaciones. Se ha entrado pues en una especie de pugna por parte de los municipios para ver quién ofrece las condiciones más ventajosas a las industrias. Condiciones que terminan yendo en detrimento de las más elementales reglas de la ordenación territorial y la conservación del entorno natural; algunas veces de forma escandalosa (la ubicación de *La Molinera* en la huerta de Molina o el nuevo polígono industrial de Ceutí). Y no es casualidad que las zonas preferenciales se sitúen en plena huerta, donde el suelo es *barato* y el agua (extraída del subsuelo en grandes cantidades) también.

Hace varias décadas, el *boom* industrial de la comarca, con una pésima gestión del recurso suelo y con unas autoridades obsesionadas en conseguir inversiones a cualquier precio; ha generado graves problemas urbanísticos y medio-ambientales. ¿Se repetirá

de nuevo la historia? ¿Volverá a imponerse un modelo de desarrollo económico distorsionante del medio natural y cultural de la comarca?

La actitud de las autoridades municipales parece confirmar que sí; y no vale como excusa el que haya que rebajar las exigencias urbanísticas al nivel de los ayuntamientos *competidores*. ¿Para qué existe entonces la administración regional? ¿Dónde están los planes directores territoriales, preceptivos según la vigente Ley del Suelo? ¿Son coherentes las modificaciones de los PGOU y normas subsidiarias con los objetivos de la planificación marcados en sus respectivas memorias?

El Plan especial de protección de los regadíos tradicionales de la Vega Media del Segura, redactado hace varios años y sin aprobar, duerme en algún polvoriento armario de la Agencia Regional de Medio Ambiente. A ver si sus responsables políticos se deciden a darle salida en vez de dedicarse a *desaconsejar* a modo testimonial cada proyecto.

En definitiva, continuar la actual política de acoso y abandono de estas feraces huertas en favor de un pseudo-desarrollo muy costoso en recursos naturales, puede traernos demasiados problemas en el futuro. Plantear proyectos de revitalización agrícola y optar por una localización industrial más racional (para la que está dotada esta comarca) parece más lógico si pensamos en el futuro.

Necesitamos demasiado a nuestra *guerta*, a ver si somos capaces de conservarla.



LA CIUDAD HABITABLE

En un día de feria

Miguel Terrés Hernández

Escritor

AL salir a la calle le llamó la atención el silencio reinante. Solía olvidar el día de la semana en que se encontraba, pero esta vez tenía la certeza de que no era festivo. Lo había sido la víspera, y bien que lo recordaba por las gratas impresiones guardadas de lo que había llegado a disfrutar!

Entonces, este de hoy era un día laborable. Pero las señales de la actividad ordinaria no se distinguían aún enteramente. No circulaban demasiados coches. No había casi nadie en las aceras. ¿Es que habría madrugado más de la cuenta? Miró en el reloj digital el día y la hora: miércoles 12, 9:17 25 de la mañana. Como cada año, el día anterior, martes, la feria no había concluido con la subida al monte en romería para trasladar a la Virgen al Santuario.

En el quiosco de la plaza de Camachos, que ya estaba abierto, compró el periódico. Luego entró en la confitería *Roses* y se dirigió a la barra para pedir un café solo bien cargado.

Estaba aún de vacaciones, por unos días. En esta ocasión había preferido escoger la primera quincena de septiembre partiendo así en dos el mes de descanso al año. Sobre la otra quincena que faltaba no había tomado todavía ninguna decisión. No había llegado a plantearse todavía ni en qué período de fiestas ni en qué mes la elegiría. A lo mejor, durante las dos semanas de las fiestas de primavera. Fuera como fuese, quedaba mucho tiempo por delante y para entonces ya vería si le iba a interesar o no trabajar en esas o en otras fechas.

Las caricaturas de Gallego y Rey expuestas en los Molinos del Río le sorprendieron por la exorbitada cantidad de acidez vertida sobre los personajes retratados. Algunas eran, ciertamente, mucho más ilustrativas que la acostumbrada reproducción fotográfica publicada en la prensa o las imágenes emitidas por la televisión. Pero, como todas las estampas vitriólicas distorsionadoras de la realidad, resultaban recargadas e inverosímiles, y, por tanto, deleznable y de poco mérito en el fondo. La sátira de la política en forma de historieta con pretensiones de comicidad pseudocinematográfica le producía una atosigante impresión de vacuidad y un efecto de postizo ridículo. Además, a su modo de ver, la exposición no encajaba con la atmósfera del lugar en que había sido instalada. Aquellos monigotes desdecían de los venerables muros y las ciclópeas ruedas dentadas, los volantes gigantescos y todos los artilugios mecánicos empleados antaño para moler el grano. Frente a la rebuscada puerilidad de los dibujos, aquellos restos del pasado llegaban a producir admiración por lo austero y el aire de noble laboriosidad que transmitían. Menos mal que habían sido acertadamente rescatados de la degradación progresiva, de la ruina y el abandono. Ahora había que preservarlos de la fetidez del agua polucionada y, por lo mismo, de la corrosividad que transportaba el río.

Una de las funcionarias encargadas de cuidar de lo que había allí adentro depositado le saludó cuando ambos se despidieron diciéndole adiós recíprocamente en la puerta con una amabilidad inusual, se iba diciendo a sí mismo. Lo había hecho con una sonrisa de simpatía no estudiada y eso, por comparación, iba siendo algo raro de encontrar fácilmente en otros sitios.

Aquella mujer sonriente le había hecho recordar a Concha. Había quedado en ir a buscarla a su casa a las 11. A la vuelta podría proponerle que fueran juntos a ver aquella exposición. Sería interesante saber qué opinaría ella, y, de pasada, tendría ocasión de comprobar lo que le parecía a él después de un segundo análisis.

Al pasar por delante de los cines *Floridablanca* realizó mentalmente recuento de lo que tenían que hacer: la matrícula de ella, el aperitivo, la comida en casa de sus padres, la sobremesa, el café y aquella *Dick Tracy* de Warren Beatty y Madonna cuyo anuncio iba mirando mientras pasaba ante las puertas de las tres salas, que en ese instante aparecían con las persianas echadas.

Tenían ese día para ellos y, de añadidura, aún había feria por unos días más. Bien que podía sentirse satisfecho.

Imagen distinta de Mazarrón

■ En contestación al artículo publicado por Asís Hernández López.

El título podría ser: «Yo sí gido en a pesar de...». A Francisco de Asís Hernández López, hemos de comunicarle muchas de las personas de Puerto de Mazarrón, que con su trabajo intentan dar a los visitantes una imagen distinta a la que Ud. ha dado, en su elocuente y cervantina misiva, dirigida a elogiar a las Fuerzas del Orden y al funcionario de turno de Consumo. No lo necesitan, es su trabajo. ¿O no se había dado cuenta? Así mismo todos los profesionales que con oficina abierta al público, intentan dar el servicio más esmerado y un producto (vivienda) en las más óptimas condiciones posibles.

Pero señor Hernández López, gentes como Ud. se quejan de que en el mercado no hay instalado aire acondicionado y que tenemos unos servicios pésimos. Uds., que con su actitud en vez de visitar al médico de turno se van al curandero, pensando que es mejor y más barato, no siendo así; y parece mentira que una persona tan cultivada como parece ser que es, no recurra a un profesional y a viviendas que Información y Turismo tiene controladas.

Por lo tanto, señor Hdez. López, piense que esta población, que para muchos es maravillosa, existen profesionales dedicados a una labor de servicios, para hacer la vida lo más agradable posible a todos los que nos visitan.

Antonio Méndez.

CARTAS AL DIRECTOR

PUERTO DE MAZARRÓN.

Reflexionar sobre La Manga

■ Estimados señores alcaldes: José Ruiz Manzanares y Antonio Vallejo Alberola. A punto de finalizar el verano, procede hacer un profundo examen de conciencia sobre sus respectivas gestiones municipales en La Manga, ya que en los últimos tiempos, hemos oído toda clase de comentarios de turistas y veraneantes, y no precisamente halagüeños, sobre la infraestructura, limpieza, servicios socio-culturales o deportivos, transporte y comunicaciones, y un sinnúmero de pequeñeces, que son las que les

hubieran hecho más agradables las tan deseadas vacaciones a nuestros visitantes, «que algunos no volverán».

Por un lado, y esto es sumamente importante; a ninguno de nuestros dos alcaldes o a sus concejales de aguas, se les han ocurrido pensar, que La Manga necesita tanto como San Javier y Cartagena «bocas de riego». ¡Señores, bocas de riego! para apagar incendios, si ello fuera necesario y para que cuando sembremos arbolitos a todo lo largo y ancho de La Manga, los podamos regar con agua del Ayuntamiento, y... puesto que aún, no nos han hecho las tan criticadas y deseadas aceras, ¡ahora! es el momento de poner la instalación, (no vayan ustedes a hacer

la misma chapuza como en la carretera) sin olvidar por supuesto, dejar previstas unas tomas para llevar el agua a las playas como nos tienen prometido. ¿Recuerdan? D-U-C-H-A-S.

Por otro lado, y... esto también es muy importante, es, que si quieren tener de su lado, los pocos votos de los residentes y de los cuantiosos propietarios de La Manga, para las próximas elecciones municipales, tendrán que demostrar con hechos a corto plazo, que están dispuestos a continuar haciendo cosas prácticas en La Manga.

MORALEJA: Si tu alcalde no te hace los desagües de la carretera en La Manga de San Javier, ¡sugiérselo! A ver si cae en la cuenta, de que cuando llueve, se convierte La Manga en un paraíso entre tres mares.

Rafael San Román.
LA MANGA.